

GABRIELA MISTRAL MÁS ALLÁ DE LO EVIDENTE¹

Gabriela Mistral recorrió diversas ciudades y poblados de nuestro país y diferentes países del mundo viviendo por largas o cortas temporadas, invitada a dar conferencias, como huésped de honor, como Cónsul.

Esta mujer que no podía escribir por la tarde, dio batallas a punta de lápiz y papel durante toda su vida; llena de mañas, fumadora por vocación, hipocondríaca; tantas veces denostada, al punto de llegar a decir, a los 15 años: “Me enorgullece el inspirar ataques y odios; el inspirar desprecio me apenaría”.

Les presento primero una serie de autodefiniciones: Gabriela Mistral en sus palabras.

“Yo he sido, sin embargo, un espíritu desesperado, amargo y enviciado en su amargura, como en una droga diabólica. Una de mis mudanzas enormes es mi busca de la alegría. La busco hoy con una preocupación casi infantil. Me creo la alegría de mañana; al levantarme pienso en la de hoy. Es cómico: casi me la organizo oficialmente. Procuro, en primer lugar, no tener esas horas muertas en que el alma se va hacia la tristeza como el ciervo al agua, naturalmente.” 1905

Ahora les presento breves respuestas que otorga en distintas entrevistas:

- Es fanática de los “monos animados”: “Si usted supiera. Me siento como en el patio de un colegio, rodeada por el juego de los niños. Río, y río mucho. Por un instante soy feliz de veras”.
- Enemiga de la carne: “Por qué comemos tanta carne en Chile? ¿Por qué despreciamos el pescado, que llega a saltarnos a la boca desde nuestros mares?”
- Friolenta: le tengo horror a dos cosas: al paisaje plano y al frío.
- Fuma: Soy muy fumadora. La gente me mira la cara esta que tengo, los ojos claros, el pelo albo y me toma por dulce. Soy todo lo contrario: apasionada, terriblemente inquieta. El cigarro me hace darle crédito a mi cara, me dulcifica.
- Acerca de una maternidad: No quisiera un niño. Un niño a mi lado se apoderaría a tal punto de mi corazón, que me impediría amar al de enfrente, al de la esquina, a todos los demás. (1925)
- Es muy pretenciosa también. Siempre he pretendido que los fotógrafos no me saquen como una solterona avejentada.
- Rencorosa: No olvido. El verdadero perdón es el olvido.
- Tengo una obsesión: la gloria. Una religión: el deber. Una pasión y locura: el arte

Al leer a Gabriela Mistral, prosa y poesía, se nos presenta una mujer compleja. Atribulada por los destinos del mundo; obsesionada con la ruralidad; dispuesta a decir lo que pensaba “**como buena maestra de niños, soy sincera.**” Amante de los niños -que son el principio de todo-

¹ Charla ofrecida en el Teatro del Lago de Frutillar, con motivo del VI Festival Latinoamericano realizado entre el 04 y el 29 de Septiembre de 2010.

defensora de todo aquel que por herencia o tradición llevara la debilidad escrita en su frente, vagabunda errante, chilena hasta los huesos, soñadora diaria de su valle de Elqui. Su prosa bullente de una lengua cargada de energía, de nuevas palabras a falta de aquella que cumpliera con su necesidad, recorre todas las temáticas que hasta hoy forman parte de programas de gobierno locales, de cumbres presidenciales: calidad de la educación, Latinoamérica como un solo órgano, trabajo digno, campesinidad. En sus textos se hace patente su personalidad visionaria y su genialidad.

Dos precisiones previas:

1. Quise hacer una separación temática pero la transversalidad es una característica constante, por lo que los temas se nos cruzarán en todo momento.
2. Me sería imposible hablarles de Gabriela Mistral sin sus propias palabras, por lo que intercalaré constantemente con su lengua, su manera única de decir.

Desde muy joven comienza a cuestionarse todo lo que la rodea. Sin siquiera haber contado con una educación formal -ya que le agarró fobia al colegio cuando la apedrearon en la plaza de Vicuña por haber sido acusada de ladrona-, con su hermana Emelina haciéndole clases en la casa y recitando la Biblia para su abuela, Gabriela Mistral empieza a forjarse sus propias ideas acerca de cómo debiera funcionar el mundo, centrando su atención en las mujeres pobres, en los obreros, en los campesinos y en los niños... en los más débiles y abandonados.

Su pensamiento visionario, adelantado, rebelde y novedoso que comienza a asomarse por 1904 y no callará hasta 1956, pocos meses antes de su muerte, escrito una y otra vez en diarios, cartas, prensa, es lo que quiero mostrarles hoy. Y voy a comenzar leyéndoles parte de un texto que ella escribió cuando tenía 16 años, en 1905, y que publicó en el diario *El Coquimbo*, de La Serena.

MUJER

“Se ha dicho que la mujer no necesita una mediana instrucción. Y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz sólo de gobernar el hogar. Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir, es arrancar a la degradación a muchas de sus víctimas.”

“Instrúyase a la mujer. No hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre. (...) Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas.”

“Hágasele amar la ciencia más que las joyas y las sedas. Que consagre a ella los mejores años de su vida.”

Con este discurso, Mistral critica con severidad la subordinación a la que han sido sometidas las mujeres, confía en la fuerza de éstas para enfrentar los retos de una educación igualitaria, apuesta por la dignificación de las mujeres como seres humanos y ciudadanas, hasta entonces, de segunda clase. Y visualiza la educación como la única posibilidad de hacer de ellas personas libres, dignas y capaces de revertir la ignorancia de las futuras generaciones.

En tiempos en que las mujeres estaban confinadas y condenadas a quedarse en sus casas para cocinar, criar niños y atender a los maridos, una jovencita de 16 años pide que se instruya a las mujeres. Por este texto se le tildó inmediatamente de feminista.

Pero su feminismo no es aquel que pregona que hombres y mujeres somos iguales. El feminismo, que a estas alturas podríamos llamar *mistraliano*, va arraigado al hecho de que somos diferentes pero que tenemos derecho a la libertad, autonomía y emancipación, es decir, a los derechos que tiene todo ser humano; lo cual se conforma sólo una vez que la mujer accede a la **educación**. Y la educación de las mujeres pobres será su lucha hasta la muerte. Su discurso pretendía elevar e igualar a la mujeres con los hombres, más que en el ámbito laboral, en el ámbito de lo humano. Sólo con educación, las mujeres alcanzarían altura moral y la dignidad merecida, la natural del ser humano.

Con un discurso posterior, que llamaba a una nueva organización del trabajo, se ganaría ahora no sólo el apodo de antifeminista sino que también la aversión de aquellas feministas ortodoxas, pues abogaba por una división sexual en los trabajos, proclamando que las mujeres debían destinarse, cito **“a trabajo dulce, trabajo decoroso, trabajo en relación con su cuerpo débil y su alma limpia, que no debe encanallarse en fábricas”**.

“La brutalidad de la fábrica se ha abierto para la mujer, la fealdad de algunos oficios (...). La mujer es la primer culpable: ella ha querido ser incorporada, no importa a qué. Hemos entrado, a la vez, a las profesiones ilustres y a los oficios más infames o desventurados.”

Consideraba un logro y una bendición que se hubiese abierto el camino para que los mujeres pudieran practicar la medicina y el derecho (mejor aún si era en tribunales de niños); aunque ahora su descontento iba por las diferencias salariales. Pero se irritaba **“como una barbarie tártara con ese grupo de limpiadoras de vía férrea, dobladas como animales en el sol de castigo de la serranía de Illapel.”**, alegaba.

Así, Gabriela Mistral propugna una organización del trabajo que divida las faenas en tres grupos: grupo A: profesiones u oficios reservados absolutamente a los hombres por la mayor fuerza material que exigen. Grupo B: profesiones u oficios reservados enteramente a la mujer, **“donde el hombre aparece como un verdadero intruso”** por su facilidad física o por su relación directa con el niño. Grupo C: profesiones u oficios que pueden ser servidos indiferentemente por hombres o mujeres. **“Éstas no entrañan para la mujer el peligro de agotarse ni para el hombre el de vivir un oficio grotesco.”**

Esta nueva organización del trabajo que propone Mistral tiene adherido LO NATURAL. Efectivamente no somos iguales ni de cuerpo ni de mente. Y esto es lo que Gabriela Mistral quiere dejar en claro. Cada una de sus palabras refleja el amplio respeto que tenía tanto por el hombre como por la mujer. De ahí que prefiera contestar con un No escueto cuando le preguntan si es feminista. No lo es. Lo suyo es el HUMANISMO. Cada uno en lo propio, en lo que lo dignifica como ser humano.

“La mujer no necesita, pues, dar el salto hacia los oficios masculinos por la pura bazaría del salto, ni por el gusto insensato de la justa con el hombre. Cuando se señaló a la mujer como única sede del hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio (...) Convidarla a caer sobre las tiendas del trabajo masculino, es una necedad o una malicia.”

Esa es su respuesta a las feministas férreas que le reprochan este discurso que mantiene las diferencias entre el hombre y la mujer. A Gabriela Mistral se le antoja una competencia sin pies ni

cabeza puesto que no concibe esta idea tan feminista de aquel entonces, que inferioriza a los hombres.

Sus preocupaciones por el género femenino llegan también a las esferas más políticas, aún cuando ella se esmera en aclarar que el derecho a voto no es un derecho político, sino otro. Por eso, cuando se aprueba la ley que permite el sufragio a las mujeres, dice: “Ahora ya no le damos un amén servil a ese pregonado monopolio de la inteligencia viril: hemos constatado tantos casos de mujeres a la par o por encima de varones reconocidamente ‘ponderados’, que ya no se nos puede tratar como a criaturas desvalidas, o dulcemente taradas, con el seso a medio desarrollar. Prueba de ello es que nos han otorgado el derecho masculino a votar, que yo siempre consideré que era nuestro... por zoología”.

No dejará de luchar, de asistir a cuanta conferencia la inviten, por insistir en los derechos de las mujeres, en aquellos que la hacen una persona digna. Cuando en 1928, Francia rechazó el voto femenino, ahí estuvo ella, de las primeras, para condenar esta política. “Socialistas y radicales han nacido a la vida de combate electoral con la afirmación de la igualdad de los sexos en la boca. Pero un buen día fueron gobierno, como en Francia, y se les vino encima el pánico de perder el usufructo, tan deleitoso siempre, de la presa.”

Cuando Chile comenzó a tocar esta idea, la sensación de victoria le revolucionó las palabras. Lo vio no sólo como una victoria del género humano, no sólo de la mujer, sino que como un pequeño avance en la madurez de nuestro pueblo. Y en las palabras que siguen, está una prueba tangible de su calidad visionaria.

“Pertrechadas en grande, iremos a las elecciones, no en mero papel de votantes sino además de candidatas. Si votamos, pero sólo por hombres, seguiremos relegadas.

Codo a codo y en proa a una patria concebida como un hogar grande, para sus hijos, y los hijos de sus compañeras, las mujeres completarán la empresa política, en la cual falta más economía, mucha economía, acaso sólo economía, porque nosotras partimos y llegamos de la tierra a la mesa, de lo tangible a lo factible, sin embriagarnos en teorías ni perdernos en dédalos de discusión ideológica. Por eso algún día Chile elegirá a una mujer para la Presidencia de la República.”

74 años más tarde, Chile vio cómo una mujer tomaba nuestros destinos en sus manos.

PAZ Y LIBERTAD

Gabriela Mistral vivió las dos guerras mundiales y varios pares de guerras civiles. Por eso la Paz y la libertad son temas recurrentes y fundamentales para la realización del ser humano.

“No se trabaja y crea sino en la paz; es una verdad de Perogrullo, pero que se desvanece apenas la tierra pardea de uniformes y hiede a quemados infernales.”

Y continúa:

“La libertad, una vez probada se vuelva la pasión mayor y la más ceñida costumbre; ella es realmente la madre que bien cría y que conforma el alma; pero

es también, por curioso absurdo, la leche que, de ser bebida cada día, algunos ya no ojean ni aman, ni la ven en riesgos ni le hacen guardia”.

En Gabriela Mistral se fusionan constantemente sus ideas libertarias con la educación y la justicia social. “LIBERTAD Y PAN”, recoge de las sierras indias de América. Con hambre no hay legalidades ni éticas ni libertades. Quien tiene hambre seguirá al que le ofrezca comida, subyugándose a dominios que minarán la dignidad del hombre y la mujer. Educación primero, para conocer éticas, para cuidar la paz, para pensar, para exigir lo propio, lo merecido. Lo merecido que viene con el trabajo digno y justo. “Se sirve mejor al campesino, al obrero, al estudiante, enseñándole a ser libre, porque se respeta su dignidad.”

Y esto lo exige y lo dice desde su ser apolítico. “Yo soy una mujer que nunca ha hecho política, aunque otra cosa se diga por ahí. Soy socialista, un socialismo particular, es cierto, que consiste exclusivamente en ganar lo que se come y en sentirse prójimo de los explotados.”

AMÉRICA

América y el movimiento indianista se harán palabra constante en la poesía y prosa de Gabriela Mistral. Para ella no existe el uno sin la otra por lo que la unión latinoamericana y la raza se fusionarán todo el tiempo.

“¡América, América! Todo por ella, porque todo nos vendrá de ella.”

El amor que siente Gabriela Mistral por América es comparable al que siente por la lengua. Esta lengua española que forja, que pide la unión de Latinoamérica. Es en base a esta lengua que recorre desde el México que la solicitó para impulsar la reforma educacional, en 1922, hasta ese frío de Punta Arenas que, muy a su pesar, pudo aguantar sólo por dos años, es que Gabriela Mistral formula su sueño bolivariano. Revitalizó el sueño de Bolívar, acorde al momento histórico en que estaba viviendo, lo hizo presente, lo soñó y lo exigió.

Junto a José Martí –su maestro, según sus propias palabras-, hizo suyo un ideal de autonomía y libertad para el pueblo de América. Esta postura la llevó a denunciar, donde le prestaran páginas o micrófonos, la intervención norteamericana en Nicaragua y defender la causa de Sandino: “Lo de Nicaragua aprieta el corazón. Lástima que no le demos sino palabras al hombre heroico.”

Creía en la unidad esencial de la América Latina y la sentía no sólo en la Historia y en la lengua, sino también en la sangre y en la tierra que nos liga y nos identifica. Como a Bolívar, le duelen las fronteras. Esas fronteras físicas que divorcian lo que nunca debió separarse, lo que, por su naturaleza, debió permanecer uno solo. Y esto lo piensa a raíz de esta lengua que nos une con toda Latinoamérica: “No es la sangre la amarra que nos une, es la lengua. Pero la lengua es un vínculo fuerte. Yo pienso que más que el amor. Me parece difícil querer en un idioma extraño.”

La defensa de la causa sandinista, podría ser una de las primeras arremetidas de Gabriela Mistral contra la ocupación que Estados Unidos cree que puede hacer en los países latinoamericanos.

“El único medio de oponer un dique a la invasión yanqui es la formación de un bloque latino contra un bloque anglo-sajón.”

Gabriela Mistral evidencia un recelo entre las Américas, que es el mismo recelo del negro frente al blanco; del campesino frente a su patrón y del obrero frente a su capataz. “Todos tenemos resquemor del más fuerte, del más poderoso, del más opresivo, porque todos hemos probado la culebrilla de fuego de su látigo.”

Recelo que Latinoamérica tiene para con Estados Unidos, porque la presión económica se hace fuerte. Y será difícil acabar con ese recelo, ese temor, mientras no exista la voluntad de conocerse. Este conocerse y comprenderse se inicia en la lengua. Así, recrimina la inexistencia total de cursos acerca de la lengua y la literatura en español en Estados Unidos. “Da recelo acudir a negociación donde se deba hablar la lengua del otro, sólo porque es la del más poderoso, perdiendo así, desde el inicio una igualdad expresiva y una rapidez de captación que debiera estar compartida a cada lado de la mesa.”

Después de hablar esto, se preguntaba por qué la querían tanto en Estados Unidos, si era tan ruda con ellos.

Volviendo a la unidad latinoamericana, Gabriela exige el reconocimiento de nuestra América, nuestro respeto hacia ella. Al maestro le pide que muestre su América a los niños, que no se embriague de Europa, que describa sus paisajes, sus mares, sus selvas. Al periodista le pide que sea ciudadano americano, que no denoste a su propia patria, que es el continente entero y le dice: “Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia”. Con el industrial nos llena de su discurso antiimperialista, pidiéndole que luche y que venza a la “América rubia que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria”, que instruya a su obrero, porque con su educación será un mejor trabajador, porque si aprende lo de su tierra, sabrá cómo explotarla con cariño, sin vaciarla, sino que como una poda, ayudándola a producir más y mejor.

“Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América española, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dio Dios y el dolor que le da el norte.”

Y continúa refiriéndose a los atropellos del norte contra la América española.

“Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando con nuestra pereza, su opulencia. Discutimos incansablemente, mientras él hace y ejecuta; hablamos y alegamos mientras él siembra, funda, asierra (...) crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.”

Ese es el llamado, el grito desesperado de Gabriela Mistral a que Latinoamérica se reconozca fuerte, autónoma, como un solo pueblo lleno de riquezas, de belleza. Para ella este

continente lo tiene todo; es su gente la que debe aprender a quererse y a querer su suelo. La tierra, el folklore, el paisaje, el cielo, la lengua de América es lo que nos hace poderosos.

Ella desea “unificar las patrias en lo interior por medio de una educación que se transmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto.”

RAZA

Por este latinoamericanismo, una de sus mayores obsesiones es la raza. Ella se reconoce india y mestiza, orgullosa de esa indianidad que la identifica y que no deja de nombrar “siento el indio que llevo dentro”, dice. Condena a aquellos que sienten vergüenza de su mitad india, pero los justifica por la llamada “fealdad del indio”. “El indio es flojo”, “el indio es malo” se dice. Y se detiene para afirmar que nuestra educación, la que nos entregan los maestros, es la que comienza a desarrollar esa vergüenza de nuestra raza india.

“Debía haberse enseñado a los niños nuestros la belleza diferenciada y también opuesta de las razas. El ojo largo y estrecho consigue ser bello en el mongol, en tanto que en el caucásico envilece un poco el rostro; el cabello crespo que en el caucásico es una especie de corona gloriosa de la cabeza, en el mestizo se hace sospechoso de mulataje y le preferimos la mecha aplastada del indio. En vez de educarle de esta manera al niño nuestro el mirar y el interpretar, nuestros maestros renegados les han enseñado un tipo único de belleza, el caucásico (...) En cada atributo de la hermosura que los maestros nos enseñan, nos dan exactamente el repudio de un rasgo nuestro (...). Así se forman hombres y mujeres con asco de su propia envoltura corporal; así se suministra la sensación de inferioridad de la cual se envenena invisiblemente nuestra raza (...).”

INDIGENISMO

En consecuencia con lo anterior, con el valor que le confiere a nuestra raza mestiza y, sobre todo a nuestra parte india, apoya el movimiento indianista, que lucha por una retribución de las tierras, por una dignidad en el reconocimiento de las culturas de cada uno de los pueblos indígenas que habitan Latinoamérica.

“Yo conservo el rencor de la conquista”, diría.

“No tendremos dignidad entera, sino cuando el indio haya sido satisfecho en el reparto de la tierra, en la incorporación de la cultura y en el estudio de sus grandes culturas antiguas.”

Y por supuesto que hace mención especial al pueblo indígena de nuestro país, refiriéndose específicamente a los araucanos.

“Pienso en nuestros bizarros araucanos de epopeya, en nuestros fuertes progenitores que agonizan empujados por todo género de incorrecciones, que han sido despojados por rábulas (abogaduchos, leguleyos) infames y que no tienen quién los defienda. Veo los enormes latifundios que nadie cultiva y comprendo que

en Chile hacen falta los hombres comprensivos que solucionen el problema agrícola que es la base de la felicidad de los pueblos.” (1925)

Una vez más se nos presenta, con una precisión abrumadora, el pensamiento visionario de Gabriela Mistral. Lo que les acabo de leer, lo dijo en 1925. Hoy, 85 años más tarde, sus palabras están absolutamente vigentes, acordes con la problemática que aún, tras años de lucha por recuperar sus tierras, viven los mapuches.

EDUCACIÓN

Gabriela Mistral fue nombrada, por muchos pensadores e intelectuales de su época, como la Maestra de América. De hecho, me atrevo a decir que así es como la conocimos todos. Como la profesora rural que hacía rondas infantiles. Claramente, hemos podido ver hasta ahora que esto no es lo único que escribía. Pero lo que sí marcaba parte de su esencia más interna, de su alma, es la pedagogía, la posibilidad de enseñar a los niños. Y se refiere a esta vocación de la siguiente manera: “La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios.”

Esta experiencia de haber hecho clases en escuelas y liceos de nuestro país, fue forjando en ella un potente discurso en torno a lo que debía constituir la educación. Para Gabriela Mistral la educación es todo lo que un hombre y una mujer necesitan para dignificar su vida. Con educación habrá trabajo justo, habrá moral, respeto por el otro, hermandad, puesto que ella abre la mente y el alma.

Por esta razón, los maestros están en la escala más alta de valoración y es gracias a ellos que un pueblo se forma o se deforma.

“Todos los vicios y las mezquindades de un pueblo son vicios de sus maestros.”

Los maestros deben educar todo el tiempo, en la sala de clases, en el patio, en la calle, porque ellos son el ejemplo. “La enseñanza ha de estar llena de espíritu; el maestro para darla, debe ser un hombre idealista no por accidente sino por vida interior; sin desdeñar el confort de la sala y el auxilio del material copioso, hay que recordar que el alma del maestro importa más que eso, mucho más.”

Deben ser personas sobresalientes, únicas, humildes, sencillas y profundas a quienes sólo les importe la enseñanza, la formación de personas.

Entre sus consejos pedagógicos, hay dos que para ella son imprescindibles y que no requieren de reformas ni de doctrinas:

1. CONTAR

El profesor debe poseer la virtud del buen contar que es encantar, hacer a los niños entrar en la magia. Que al hablarles o contarles de los animales, éstos se les aparezcan delante de sus ojos, que los árboles crezcan desde sus brazos, que la montaña les nuble los ojos.

“Quien sabe contar donosamente tiene aprovechado y seguro medio programa.”

“El contador ha de ser sencillo y hasta humilde; deberá renunciar a lo extenso que en la narración es más gozo de adulto que de niño. Si yo fuese directora de Normal,

una cátedra de folklore general y regional abriría en la escuela. Además –insisto- no daría título de maestro a quien no contase con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.”

Así, la botánica, la geografía, la zoología, la química se pueden y se deben enseñar CONTANDO.

“Sobra decir que la historia es un contar, aunque no esté de más la perogrullada para los maestros que resuelven ese ramo con fechas, lugares y apellidos.”

Contar para encantar, para dejar a los niños bajo un hechizo, tal como cuando escuchan un cuento. La enseñanza no puede ser una copia de los libros escolares.

“Nada más triste que el que el alumno compruebe que su clase equivale a su texto.”

Y el otro consejo es la lectura.

2. LEER

La faena que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro.

“Hacer leer como se come, todos los días, hasta que la lectura sea como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer.”

La lectura sin imposición. “Yerran los maestros, que celando mucho la calidad de la lectura, la matan al imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo. El fastidio lleva derecho a la repugnancia”, remata al referirse a las lecturas que los maestros obligan a leer a los niños. Nos dice que hay que ser condescendientes con la elección de los niños porque en la libertad de escoger se formará su “estómago lector” que le llevará a elegir mejores libros para su alma y su mente.

Gabriela Mistral confía en que la buena educación temprana de los niños impedirá una mediocridad futura.

“Lo importante es el trabajo que se hace sobre los niños antes de los diez años. Yo no recuerdo nada nuevo en mi vida después de los siete años. Los maestros deben ayudar a la dignificación del pueblo pequeño.”

Y con esto se nos une lo que les dije antes acerca del valor dignificante y humanizador de la educación. El mediocre no es aquél que no sabe, sino que es el que no ve en su prójimo a un hermano y, por lo tanto, sería capaz de hacerle daño.

En base a su experiencia, siente que estos consejos de aula no son suficientes. La educación requiere urgentemente de cambios en su aplicación y es así como comienza a pensar en reformas modulares al sistema educativo. De este modo, ya en 1908 hace sentir su voz en cuanto a la necesidad de una ley de instrucción primaria obligatoria.

“Es en las aldeas, donde se siente más imperiosa la necesidad de la Instrucción Primaria obligatoria. La creación de escuelas en los más ínfimos lugares, impone un aumento sin dar los beneficios cuya obtención inspiró. Los padres de familia, en su mayoría rústicos, no quieren privarse durante unos pocos años del trabajo de sus hijos, ni convencerse de que la instrucción es tan necesaria a su ser moral e intelectual como la salud a su ser físico. De ahí que, a pesar del favor que se concede a la educación popular el número de analfabetos es enorme, lo cual hace poco honor al rango intelectual de un país.”

Entre los Proyectos de reforma por los que aboga Gabriela Mistral están:

1. En los estudios de Universidad y de Liceo, exigir una formación clásica rigurosa.
2. De los estudios primarios y sus complementarios, en la sección urbana, volver a la dignificación de los artesanos, obligando al trabajo manual. En la sección rural, exigir los estudios agrarios y su derivación industrial.
3. Selección de los estudiantes y la eliminación de los mediocres en los estudios superiores.

Me quiero detener en el segundo punto, ya que una de la luchas permanentes de Gabriela Mistral es la educación diferenciada entre escuelas urbanas y rurales. Los niños del campo deben aprender de su tierra. No es un misterio que el hijo de campesino, la mayoría de las veces seguirá la tradición del campo, por lo que debe aprender de él.

“Quisiera que el campesino trabajase con poco envilecimiento físico; que adquiriese una cultura agraria muy en armonía con el trabajo que realiza; un conocimiento superior de cuanto se relaciona con la labranza, con el arte del campo; que aprendiese una manera limpia de vivir; que se crease una industria propia. Escuela, en fin, de especialización y perfeccionamiento agrario.”

“Los obreros han palpado en carnes vivas todos los errores y torpezas de los actuales rumbos. Niños de escuela rural nada saben de conocimientos prácticos de agricultura que es lo único que puede aprovecharles para su vida en el campo. A los maestros habría que enseñarles a hacer algo mejor que enseñar el complemento directo, el indirecto y el ordinario.”

Por su permanente lucha por la unión de los pueblos latinoamericanos, a Gabriela Mistral se le hace imposible separar lo local de lo universal de nuestra América. Sobre todo porque en México se dedicó a recorrer escuelas. En 1922, cuando Gabriela Mistral cumplía sus 33 años y en Chile le habían negado el título de profesora, era recibida en México para conformar la reforma educacional a pedido de José Vasconcelos, el ministro de educación. Este recorrido se torna fundamental a la hora, no ya de exigir reformas educativas en Chile, sino que en toda Latinoamérica. Y esto por su sentido de unificación latinoamericana. Si la educación es la base del ser humano, para ser un humanista real, esto debe aplicarse en todo el continente.

Nos dice que la enfermedad de la educación de nuestra América viene:

- 1º. de la ausencia de humanismo verdadero, y
- 2º. de la anarquía y del desgastamiento que significa el ensayo de cuanta teoría pedagógica ha venido de fuera y que se va volviendo un mosaico de algunas pedagogías americanas.

“Hemos cometido el inmenso error de hacer de los estudios literarios el centro de toda la enseñanza. Tales estudios son lujo para especialistas y los programas de enseñanza como las leyes de un país, deben consultar las necesidades de las mayorías. La masa de un pueblo necesita capacitar, en breve tiempo, a sus hombres y a sus mujeres para la lucha por la vida. Hemos tenido la monstruosidad de enseñar durante 50 años los mismos programas con solo variantes pequeñas. Durante este periodo de tiempo, enorme en relación con los progresos febriles de la época, se han dictado leyes que han cambiado la faz espiritual de la nación; han nacido nuevas ciudades y se han transformado las antiguas, y la enseñanza, que debe iniciar las renovaciones, se ha quedado tras de todas ellas.”

Y de nuevo estamos frente a una realidad que se nos hace tan familiar. Las metodologías, los libros de lectura obligatoria, las pruebas, se repiten año tras año en las escuelas de nuestro país, desgastando aquellas ansias de aprender con que los niños ingresan a primero básico, cuando lo preguntan todo, cuando quieren saber leer para leerlo todo, cuando quieren aprender a escribir para estampar su nombre en un cuaderno.

“Es indispensable que los alumnos tengan alguna intervención en los rumbos de la enseñanza; hasta hoy la ha dominado un espíritu libresco; es necesario que un fuerte soplo de vida, de humanidad, pase arrasando todo esto y renueve los métodos de enseñanza.”

RELIGIÓN

Gabriela Mistral es una mujer católica. Así se definió ella durante toda su vida, aún cuando pasó por periodos de búsqueda que la llevaron a la teosofía y al budismo. Sin embargo, la raíz del catolicismo le viene desde muy pequeña, con la lectura de la Biblia:

“Mi festín del antiguo Testamento tenía lugar, no en el banco escolar, sino a la salida de la clase, en un lugar increíble. Había una fantástica mata de viejo jazmín a la entrada del huerto (...) Una vez cerrada la escuela, cuando la bulla de las niñas todavía llegaba del camino, yo me metía en esa oscuridad de la mata de jazmín, me entraba al enredo de hojarasca que nadie podó nunca y sacaba mi Historia Bíblica, con un aire furtivo de salvajita (...) Con el cuerpo doblado en siete dobleces, con la cara encima del libro, yo leía la historia santa en mi escondrijo, de cinco a siete de la tarde (...).”

Tragó las historias Abraham, de David, de Ester y Judith porque se le asemejaban a lo que veía en su valle de Elqui. “Desde la flora a la luz, lo hebreo se aposentaba fácilmente allí, y se avenía con la índole nuestra, a la vez tierna y violenta, con el vigor de nuestro temperamento rural y por sobre todo con la humanidad que respira y transpira la gente del viejo Chile.”

“Como no encuentro en las oraciones corrientes la belleza y armonía de aquellos salmos, rezo con los versos de “Nuestro Padre David”, como decía mi abuela. Y también a esto se debe quizás, que mis propios versos tengan cierto sabor bíblico.”

El catolicismo cruzó toda su vida, aún cuando por momentos su fe fue puesta a prueba. Desde 1915 comienza a interesarse por otras formas de fe que van asociadas a su visión de unidad, humanista y justa del mundo. Anduvo por el budismo y la teosofía, por cuanto ésta pregona que todas las religiones constituyen intentos del hombre de acercarse a lo divino y que, en consecuencia, cada religión posee una porción de la *verdad universal*. Esta acepción le hacía mucho sentido puesto que iba en concordancia con su idea de unificación. Sin embargo, de pronto vio demasiado individualismo en los teósofos y, en 1924, cuando se encontraba en México, su amiga Palma Guillén, católica ferviente, la devuelve al catolicismo y más aún, se ordena en la Orden Tercera de San Francisco.

“Yo, que he anclado al catolicismo después de años de duda”, diría en ese momento.

Su catolicismo no le impide haberse quedado con rasgos budistas como el de la meditación y la creencia del karma. De hecho, cree que su soledad constante le viene por haber sido una mala criatura en otra vida. Acerca de la oración:

“Creo en la fuerza de la oración mental. Irse hacia Dios. Hacia el Dios en que todo culmina y en quien se funde todo. Los orientales saben esto. Tienen todo un sistema de ejercicios. No el rezo, que de tanto repetirse termina por no significar nada y acaba por tontificar a la gente. Miren ustedes la paz de los orientales. Es una lástima que el occidente no haya aprendido ni siquiera eso.”

Para Gabriela Mistral la religión y el cristianismo no pueden separarse del humanismo y de la justicia. El amor al prójimo es su mandamiento de cabecera y esa es su práctica católica. Todos los temas se agrupan porque forman parte de la vida, conforman la definición de la persona.

"Soy cristiana, de democracia cabal. Creo que el cristianismo con profundo sentido social, puede salvar a los pueblos. He escrito como quien habla en la soledad. Porque he vivido muy sola en todas partes. Mis maestros en el arte y para regir la vida: la Biblia, el Dante, Tagore y los rusos. El pesimismo en mí es una actitud de descontento creador, activo y ardiente, no pasivo. Admiro, sin seguirlo, el budismo; por algún tiempo cogió mí espíritu.”

“No soy marxista. No podría serlo desde el momento en que alumbró en mí la llama de una fe religiosa. Llámeme usted, si quiere, beata. Soy creyente. Pero tampoco soy derechista. No creo en las realidades sociales internacionales. Soy una especie de izquierdista tradicional. ¿Me entiende? ¿Me entiende? Mire: creo que la propiedad debe ser subdividida, por ejemplo. Digo estas cosas sin miedo. Pero, al mismo tiempo, no debemos olvidar que somos indoamericanos. Una revolución social debe inspirarse entre nosotros, en ideales indoamericanistas. ¿Qué quiere usted? Tengo este misticismo pagano, mitad quichua y mitad maya, y no olvido mi sangre india.”

Pero su voz también resuena para criticar a los cristianos, a la iglesia, que en algunos países apoyó las dictaduras, al pueblo católico que le da la espalda a los más necesitados.

“Ni por tradición ni por cálculo sagaz, nuestro cristianismo ha sabido ser leal con los humildes.”

“No digamos solamente la religión, sino que lo que puede salvar al mundo es la espiritualidad.”

Cuando muere su madre, en 1929, la fe le tambalea. Se siente más abandonada y sola que nunca. “Con mi fe y todo, he quedado con el alma en el puro polvo feo. La oración me levanta muy poca y la prueba de mi fe que sufro es muy dura.”

Luego, la muerte de Yin Yin, en 1943, se le presenta como otra prueba a su fe. Ésta es la prueba más dura. Su sobrino tenía 17 años cuando se suicida, aunque ella insiste en que se lo mataron por envidia, porque lo tenía todo con ella. Poco antes se había suicidado su amigo Stefan Zweig, vecino en Petrópolis. Estas dos muertes la derrotan. Pero cuenta que en sueños los vio, los vio bien, tranquilos, para devolverla a la fe.

“Mis muertos vinieron porque me vieron flaca de creencias.”

“Yo creo, y firmemente, en este mundo como purgatorio.”

Y conjugó cristianismo y justicia en las siguientes palabras:

“Porque yo no soy una artista, lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido dentro de mí, la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social. Yo no tengo por mi pequeña obra literaria a que habéis aludido, el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.”

CHILE

“Un territorio tan pequeño, que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar; un paréntesis como de juego de espacio (...).”

Hasta 1922, Gabriela Mistral permaneció en Chile, viajando por diversos pueblos y ciudades haciendo clases o ejerciendo la dirección de liceos y escuelas. En ese año comienza su errancia vagabunda por diversos países del mundo. Las escasas oportunidades en que regresó al país podrían entenderse asociadas a cierto resquemor de su parte, puesto que eran públicas las desavenencias políticas que mantuvo con ciertos presidentes. En torno a ellos se expresa con dureza:

“Tengo entre las impresiones más penosas de mi vida mi vuelta a Chile. Yo viví siempre en mi país encerrada y no conocía a mi pueblo. Volví a Chile (1925), con una gran curiosidad de verlo bien y sentirlo, porque desde afuera tuve alguna vez el arrepentimiento de ignorarlo en muchos aspectos. No miré sino síntomas feos y odiosos e hice constataciones. Lucro, lucro, que antes se llamaba sanfuentismo, que después se llamó alessandrismo y más tarde espíritu revolucionario. Vi una mafia pedagógica de gente inepta, sin luz de creación. Vi la misma esclavitud rural. Y, lo que parece cuento, anoté que no hay un solo partido

que tenga en su programa la cuestión agraria, en un país de latifundio medieval, fantástico.”

En su primer período, Ibáñez del Campo (el militarote, le llamaba ella) le suspende la pensión de maestra, lo que, de cierto modo, permitió que hoy contemos con toda la prosa de Gabriela Mistral, puesto que, en ese momento, comienza a colaborar constantemente con diversos periódicos: “estoy obligada a escribir una barbaridad de artículos gacetilla para poder mantenerme”.

A pesar de su ausencia de nuestro país desde 1922 hasta su muerte, tuvo una obsesión casi patológica por saber todo lo que ocurría en Chile. La política le quitaba el sueño, sobre todo la política educacional y la política agraria-campesina. “Soy una chilena ausente, no ausentista”, diría en más de una oportunidad al reprochársele su extranjerismo. “Aunque esté lejos en el espacio, estoy siempre dentro de Chile y de mi América”.

Ese “autodestierro” nada tiene que ver con su vínculo a la geografía y al amor por su pueblo, especialmente Elqui. Sólo fue respuesta a quienes la hirieron. Intelectuales, políticos y miembros de su propio gremio: “Yo le di a este país mi vida en vano. No me quedo por no volver a vivir defendiéndome de los odios sin cara, de los odios hipócritas con los cuales no es posible la lucha honrada.”

El pensamiento de Gabriela Mistral en relación a su país estaba teñido no sólo por la añoranza y también la lucidez que da la distancia, sino también, por ese sentimiento, que nunca la abandonó, de haber sido incomprendida y postergada en Chile,. A pesar de eso, Gabriela siempre estuvo atenta, mirando, pensando y amando Chile. Se declaró una desterrada voluntaria. Una vagabunda errante. A Chile no venía porque no la invitaban. Ni le escribían. “Lo que más he recibido de Chile son insultos anónimos.”

“Viví alejada de una patria que nunca me quiso o que llegó a tolerarme una vez que el coro latinoamericano me alababa.”
“Que Chile se acuerde de que existo y que hecho por él algo más que el personaje diplomático para merecer un sueldo decoroso de Cónsul de verdad.”

El campo, la vida campesina, es una preocupación recurrente a lo largo de su errancia. La importancia que le adjudica a la tierra y al campesino aparece en diversos recados.

“Toda cultura debería comenzar por la tierra.”

“Y sin hacer artículo de especialidad que no sé escribir, he dicho cada vez que he podido mi aborrecimiento de nuestro feudalismo.”

“El campesino es el hombre primero, en cualquier país agrícola; primero, por su número, por su salud moral, por la noble calidad de su faena civil, sustentadora de poblaciones, y el primero, principalmente, porque ha domado el suelo, como el curtidor de pieles y lo maneja después de cien años, como una dulzura dichosa. En Chile el campesino emigra hacia las ciudades, cansado de su salario de uno o dos

pesos, cansado de las aldeas sin médico, con maestro malo y sin habitación humana; en esta provincia (la de Elqui) emigra, además, por la sequía... Lo peor que puede hacerse con nuestra gente es acostumbrarla a la beneficencia, envilecerla con la limosna anual: la raza todavía es digna y no se lo merece.”

El socialismo particular o el izquierdismo tradicional que se presenta en Gabriela Mistral, provoca que el americano y su tierra se conviertan en su bandera de lucha. Resiente los terrenos que les fueron arrebatados a los indios por aquellos que más tienen y la reforma agraria se tornará un tema constante, que, al mostrar los primeros atisbos de concretarse, en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda –gobernante al que más respetó y el que más la respetó a ella– causan en ella una dicha innombrable, que esperaba desde 1928. La devolución de las tierras al indio y al campesino representa para ella un estado mayor de conciencia por parte de los gobiernos. En esta acción, Gabriela Mistral visualiza esa justicia y ese humanismo que será su utopía:

“Una noticia sobre una acción agraria decorosa y salvadora, me endereza de un gozo que no sé qué decir. Una ley agraria nace cuando un pueblo madura la conciencia.”

Y nos encontramos de nuevo con este pensar visionario, puesto que sólo en 1962, bajo el gobierno de Jorge Alessandri comienza a visualizarse la posibilidad de una reforma de este tipo.

Analiza y problematiza la cuestión agraria. Nunca se cansó de hacerlo presente. Lo sentía muy suyo. Ella era, y siempre lo repetía, una mujer de la tierra, nacida entre montañas y valles, que no sentía mayor simpatía por la vida y la cultura ciudadana. Y a pesar del éxodo rural que comenzó a producirse con mayor profusión a fines del siglo XIX, la mayoría de la población chilena seguía siendo rural, y, además, absolutamente marginada del progreso y la modernidad. Este asunto a Gabriela le resultaba muy doloroso: “Mi primera ojeada cuando miro hacia Chile, es para el campo. Por hermoso, por infeliz y por mío”.

“Yo soy una vieja agrarista porque fui niña del campo y vi el egoísmo y la estupidez de dos aldeas: ni un solo campesino con tierra. Tres haciendas dueñas del suelo y hasta... del mujerío que los patrones se adjudicaban. La suerte del aldeano y la de las mujeres no sólo me toca, me sacude.”

Pero su mirada era más profunda y su estadía en México en la década de 1920 le resultó fundamental para entender la problemática. Sintetizaba con lucidez: “Toda la América Latina ha pecado contra el campo.”

Y la miseria de su propio valle de Elqui le resultaba insoportable:

“La miseria del campo chileno que en el Departamento de Elqui es indecible. Tanto como la ciudad ha prosperado, el campo se ha barbarizado. La clase media campesina, a la cual pertenezco, se ha vuelto pueblo hambreado. Vendió su lonja de tierra al primer extranjero que llegó y no hay razón para que cuide mejor a su

peonaje de lo que lo cuida sus patrones criollos. La escuela no es mala, pero no puede ser buena una escuela cuyos niños comen mal, cuando comen.”

Este sentido del agro, la impotencia por el sufrimiento de la tierra y del hombre que la trabaja está cruzado, como vimos antes, por la falta de educación agraria que siempre ha estado ausente de los programas educacionales, tanto chilenos como extranjeros. Es necesaria esa educación para que el campesino y sus hijos sientan la tierra, para que su cultivo y su cosecha estén envueltos en la dignidad del trabajo.

1925, 1938 y 1954. Son las tres ocasiones en que Gabriela Mistral vuelve a Chile. No viene más porque no la invitan y porque la tienen encerrada en Santiago, sin dejar que pueda volver a recorrer su amado Valle de Elqui. Además, no se siente bienvenida, por todo lo que se habla de ella y porque siente grandes desacuerdo con las autoridades, contrarias a todo lo que ella cree o piensa.

“Vivo inquieta por la situación política de Chile. El presidente (Aguirre Cerda, su amigo, su protector) tiene al enemigo en casa. Ibáñez saltará sobre él en cuanto pueda.”

“Cosas muy malas han dicho de mí en aquel país que Dios me dio por Patria. A ciertos compatriotas sólo les falta atribuirme un asesinato. No se desea volver a lugares del mundo donde se hace con los propios asuntos de novela policial. Por todo eso, más otras cosas, más González Videla, no voy. No es ingratitud a mis chilenos buenos.” (1951)

Con respecto a la elección de Ibáñez del Campo en 1952, dice: “esta inclinación de mi país a los matones me preocupa y no logro entenderla. Parece que Chile pierde más y más su sensatez y memoria histórica.”

El momento político del país mantuvo alejada a Gabriela Mistral de nuestra patria. Tenía muy poca estima por los militares. Ibáñez del Campo y González Videla siempre obraron en su contra quitándole la pensión, relegándola a Cónsul de última categoría.

Como les decía antes, el destierro voluntario de Gabriela no es un impedimento para su recuerdo. Gran parte de sus textos siempre aluden a Chile; ya sea por política, por educación, por indigenismo. Y uno de los tópicos que más recurren a su palabra es el paisaje. Las metáforas y comparaciones que establece al escribir de variados temas, están cargados de cordillera “terriblemente dueña de nosotros”, de mar “la segunda hermosura chilena”, de rodados de piedras, del cielo azul que Chile le regaló, de “los paisajes del sur de Chile, donde todo es alucinante. Punta Arenas es la sonrisa de mi vida.”

Y siente culpa por no haber recorrido más, por no haber conocido tanto.

“Toda mi vida yo sentiré el remordimiento de no haber caminado Chile zancada a zancada.”

La admiración que Gabriela Mistral siente por los paisajes de Chile hace que siempre busque montañas, cerros, cielos encajonados; la manera de luz y la manera de aire que sólo entrega la montaña y que forja el carácter del americano. Luchador, tozudo, seco como rodado de

piedras, pero tierno como esa luz cambiante a toda hora del día, que baja de las mismísimas entrañas del cerro.

En 1954, poco antes de su última visita a nuestro país, dice:

¿A qué voy a Chile? Voy a recordar todo lo que he olvidado. Es curioso, pero la mente humana retiene a menudo cosas insignificantes, intrascendentes. Recoge el dolor y olvida muchas cosas interesantes.

- Entonces ¿no sabe qué va a recordar?

- Si lo supiera, no lo habría olvidado.

Y volviendo a sus desacuerdos políticos con el gobierno de Ibáñez del Campo, dice cuando vuelve a Chile en 1954:

Es curioso como ocurren las cosas. A un gobierno del que nada esperaba, le debo mi regreso a la patria (El gobierno de Ibáñez del Campo que le había quitado su pensión en 1929).

SUS DÍAS FINALES

Mi cabeza no me responde bien como antes. Hay tardes en que no sé dónde estoy (y para lo que me importa...) Y tardes en que los recuerdos del Valle de Elqui me agarran como esos remolinos de aire a las hojas.

Ahora, escribiendo estrofas de mi recado sobre Chile, huelo en el aire frío, atrapo sobre el frescor de la nieve, un aroma que llega roto por los pinares, y en el que reconozco las manzanillas que mi madre ataba para sus infusiones. Y me acude un aroma a brasero que es toda mi vida de maestra pobre en escuela más pobre aún.

Gracias a cada niño que me dijo, sin más, Gabriela, y a cada maestra que vio su oficio en mis gestos.

Se me va todo, se nos va todo. Apenas puedo despedirme...

BIBLIOGRAFÍA

- García Huidobro, Cecilia. Moneda dura. Santiago: Catalonia, 2005.
- Pérez, Floridor. Gabriela Mistral. 50 Prosas en El Mercurio 1921-1956. Santiago: Aguilar Chilena Ediciones, 2005.
- Quezada, Jaime. Bendita mi lengua sea. Santiago: Planeta, 2002.
- Quezada, Jaime. Gabriela Mistral Escritos Políticos. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Vargas Saavedra, Luis. Recados para hoy y mañana. Tomo I y II. Santiago: Sudamericana, 1999.
- Zegers, Pedro Pablo. La tierra tiene la actitud de una mujer. Santiago: RIL, 1998.
- Antología Mayor, tomo II. Santiago; Cochrane, 1992.
- Gabriela Mistral, Álbum Personal. Santiago: Pehuén Editores, 2008.